

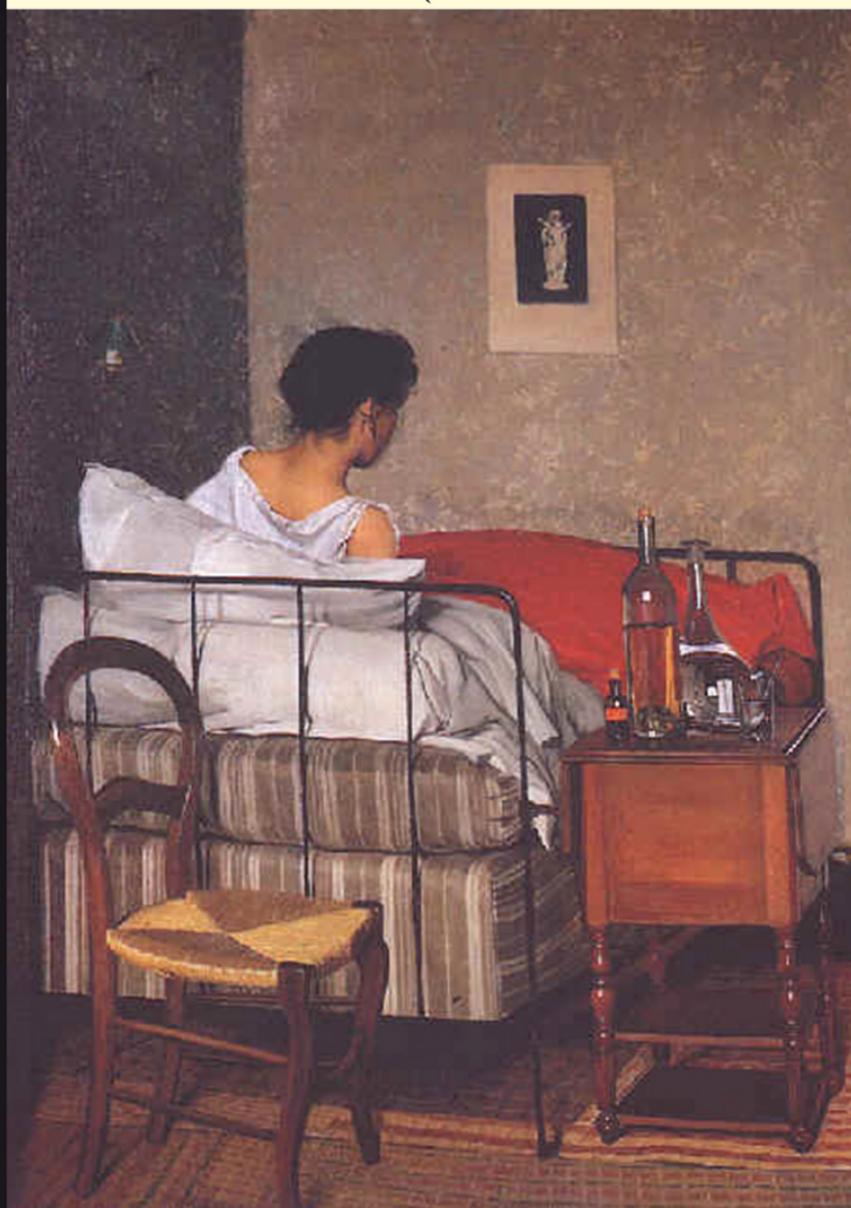
LOUISA MAY ALCOTT

Un cuento de enfermera

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



Un cuento de enfermera

Grandes Clásicos

Louisa May Alcott

Un cuento de enfermera

Traducción de Jorge Rus



Primera edición: enero de 2014

Título original: *A Nurse's Story* (1865)

© de la traducción: Jorge Rus, 2014

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2014

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

IBIC: FC

ISBN: 978-84-941475-7-9

Depósito Legal: M-35509-2013

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *La Malade*, Félix Vallotton, 1892

Impresión y producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Un cuento de enfermera

I

MI PACIENTE

Mi querida señorita Snow, al enterarme de que mi amiga, la señora Carruth, necesita de una enfermera para su hija enferma, me apresuro a proponerle el puesto, ya que pienso que es usted la persona idónea para él, a menos que las tareas resulten demasiado arduas. No me cabe duda de que sus cartas de recomendación y mi sincero respaldo le garantizarán la colocación, si usted lo desea. Partimos mañana, y le escribo con gran apremio, pero le deseo éxito de cara al futuro y le agradezco sinceramente sus servicios pasados.

Atentamente,

L. S. Hamilton

Esta amable carta, de una antigua empleadora, me fue entregada estando yo agotada y desanimada, tras una búsqueda infructuosa de un puesto

como el que hora me ofrecían. Estaba tan interesada que me apresuré a salir de nuevo, con la esperanza de que nadie se me anticipara con los Carruth. Hecha de un imponente bloque de granito, la casa se levantaba en una tranquila plaza del West End que tenía su propio pequeño parque, donde había una fuentecita y donde los niños paseaban bajo sus capuchas blancas. Elegantes carruajes entraban y salían, las damas subían y bajaban con ligereza por los amplios escalones arrastrando sus vestidos de seda, y los caballeros, con sus trajes de montar intachables, pasaban a medio galope sobre sus hermosos caballos. Incluso las mujeres y los hombres de servicio tenían aspecto de que *La buena vida bajo las escaleras*¹ hubiese sido representada en este siglo, al igual que en el pasado, y todo participaba del aire de lujo que impregnaba el ambiente, tan agradable como el sol en otoño. «Los Carruth deben de ser una familia feliz», pensé al acordarme de mi propia pobreza y soledad, mientras esperaba de pie a que contestaran a mi tímida llamada al timbre.

Un arrogante sirviente me dejó pasar y, tras conocer el objeto de mi visita, me llevó a una antesala hasta que su señora estuviera libre. A través de la puerta entreabierta podía ver la sala de estar, donde varias damas estaban sentadas y hablaban.

1. Referencia a la obra de teatro *High Life below Stairs*, escrita por James Townley y estrenada en 1759.

Ansiosa por ver la clase de persona con la que iba a encontrarme, observé con mucho interés a la única dama del grupo que no llevaba sombrero. La señora Carruth era una mujer hermosa, a pesar de sus cincuenta años, pues su pelo todavía era castaño oscuro, tenía los dientes perfectos, los ojos llenos de luz y se comportaba con una dignidad que revelaba un gran orgullo natural a la vez que elegancia.

Era obvio que sabía cómo entretener a las invitadas, pues sus rostros indiferentes se iluminaban y a menudo se oían risas después de sus animadas palabras.

«Parece una mujer moderna y desenfadada, a pesar de tener a una hija enferma», me dije mientras la observaba. Cinco minutos después, cambié de opinión cuando, tras despedirse de la última de las invitadas y quedarse a solas, me pareció otra criatura. Toda la animación se borró de su rostro y lo dejó pálido y cansado. El comportamiento majestuoso de hacía un momento cambió, se dejó caer en un asiento, como si su alma y su cuerpo estuviesen agotados. Tan solo se quedó así un instante; los pasos del sirviente que se acercaba la hicieron volver en sí y mostrar un aire de perfecta compostura mientras escuchaba anunciar al hombre que «una joven espera para verla».

Le expliqué brevemente la razón de mi visita, le presenté mis credenciales y, mientras ella las

examinaba, la observé con interés redoblado pues, habiéndola vislumbrado por un momento sin su máscara, la fría tranquilidad que ahora mostraba ya no podía engañarme. Leo los rostros con rapidez, y el suyo era el más trágico que jamás he visto. Esos ojos tan inquietos, esas arrugas de melancolía alrededor de la boca, ese tono desesperado bajo su firme voz y una indescriptible expresión de tristeza insuperable... todo ello demostraba que la vida le había traído una pesada cruz, de la que su fortuna no podía librarla y para la que su orgullo no podía encontrar una protección eficaz.

—Parece que es usted inglesa; ¿tiene amigos en este país?

La señora Carruth habló de repente, y me dirigió una intensa mirada. Le devolví otra igual de intensa y le respondí tranquilamente:

—Ninguno, ahora que la señora Hamilton se marcha y no tengo familiares cercanos al otro lado del océano. Soy huérfana, dependo de mí misma y, a pesar de ser hija de un caballero, mi orgullo no me impide ganarme el pan con cualquier trabajo honrado.

Algo en mi aspecto o mi manera de hablar pareció agradaarle; se acercó un poco más y su tono se volvió más suave cuando, al devolverme las cartas, me dijo:

—Son muy satisfactorias, señorita Snow, pero antes de seguir, creo que debo decirle lo que la se-

ñora Hamilton tan delicadamente ha evitado mencionar en su nota. La enfermedad de mi hija no es física, sino mental.

A medida que la última frase salía de sus labios a regañadientes, vi cómo las manos blancas que descansaban en su regazo se estrechaban lentamente con fuerza y delataban lo mucho que a la madre le costaba confiarle la dolencia de su hija a una extraña. Las palabras, el gesto y la expresión que la acompañaban hicieron que mis ojos se llenaran de lágrimas, y mi rostro involuntariamente expresó la compasión que yo no supe disimular. La mirada de la señora Carruth se suavizó aún más, y casi se volvió nostálgica cuando dijo:

—Tengo entendido por la señora Hamilton que usted ya tiene alguna experiencia en el cuidado de dementes, y que tiene cierto poder sobre ellos. Parece usted joven para una profesión tan triste; ¿desea usted continuar con esta clase de cuidados?

—Tengo treinta años y, aunque la profesión sea sin duda triste, me gusta más que ser institutriz o dama de compañía; y el hecho mismo de que tenga cualidades para ello hace que quiera dar lo mejor de mí a aquellos que necesitan de toda la ayuda y el cariño que sus semejantes puedan ofrecerles.

Un prolongado suspiro de alivio escapó de sus labios y, bajando la voz, dijo con un aire de confianza que me fue muy grato:

—Varias personas han solicitado el puesto, pero ninguna me ha parecido la indicada. Creo que usted sí lo será, y espero que los cuidados no sean demasiado para usted. No le cedería a nadie esta tarea si pudiera hacerla yo misma, pero, como ocurre con frecuencia, mi pobre niña rechaza con más fuerza a aquellos que una vez fueron los más queridos para ella, y no deja que me acerque. Por tanto, debo ver mi puesto ocupado por una extraña, aunque me rompa el corazón ser apartada así de ella.

Hizo una pausa, luego añadió apresuradamente, como si me hubiera leído el pensamiento:

—Tal vez usted se pregunte por qué no enviamos a esta desafortunada chica fuera de casa. Sencillamente, porque no confío en nadie para que la cuide, ni quiero perder el triste placer de protegerla y hacer lo poco que pueda por ella. Ahora, déjeme que le hable de ella. Lleva enferma un año, pero los violentos ataques se producen a intervalos; el resto del tiempo, es casi ella misma de nuevo, y solo necesita la atención y las distracciones que cualquier persona compasiva e inteligente pueda darle. La vieja enfermera, que lleva conmigo muchos años, está agotada y debe descansar; Elinor no permite que ninguna de las mujeres que ahora están conmigo se le acerque, así que hemos decidido probar con una compañera joven. Hay a mano personas con experiencia para cuidar de ella durante sus

frenéticos paroxismos, así que todo lo que le pido es que la entretenga y se ocupe de ella en sus días de más lucidez. ¿Hará usted esto?

—Con mucho gusto, si puedo —le respondí con entusiasmo.

—Gracias. No tengo dudas de que tendrá usted éxito, a menos que ella le coja aversión. La señora Hamilton me habló de sus muchas aptitudes y su habilidad para usarlas. Le dejo a su juicio todo lo referente a las distracciones y ocupaciones para Elinor. Es deseable que duerma tanto como le sea posible, las conversaciones han de ser insulsas, y las tareas, tranquilas. Anda recuperándose de un reciente ataque y está de muy mal humor, pero ya no se muestra violenta. Durante los próximos meses irá mejorando gradualmente hasta que se produzca otra recaída; por tanto, no debe usted temer nada por ahora.

—Nunca temo a aquellos a los que amo, y aprendo pronto a amar a aquellos a los que compadezco.

—Entonces amará usted a mi pobre hija, pues despertará la mayor de sus compasiones. Pero déjeme aclararle un punto, para su entera satisfacción. No hay dinero que pueda pagar estos servicios, diga una cantidad y gustosamente la aceptaré, y de buen grado la aumentaré si las tareas resultan más difíciles de lo que usted esperaba.

—No soy una persona que se mueva por dinero; solo quiero un hogar y una pequeña cantidad para no depender de la caridad ajena. Permítame probar una semana antes de cerrar esta cuestión. Puedo empezar enseguida, si usted lo desea, y lo haré lo mejor que pueda.

Sé que mis maneras y mi sinceridad le agrada-ron; tomó mi mano y la apretó con un gesto impulsivo mientras se levantaba y me conducía a su cuarto diciendo:

—Vamos, entonces, y dejemos que Elinor vea ese alegre rostro suyo. Lo único que temo es que encuentre esta vida aburrida y pierda usted su buen ánimo y viveza. Mi hija no puede salir y no ve a ninguno de sus antiguos amigos, así que estará usted prisionera la mayor parte del tiempo. ¿Podrá soportarlo?

—Creo que sí, si puedo salir a tomar el aire una vez al día y descansar por las noches. Soy fuerte y me encuentro bien, nunca conocí el desánimo, aunque a veces he tenido buenos motivos para ello.

—Tiene usted un alma feliz, ¡la envidia!

Me estaba yo quitando el sombrero y la capa mientras hablaba, y ella me estaba observando hasta que, con aquella exclamación, se giró y caminó a lo largo de la habitación con paso rápido como si algún recuerdo amargo o preocupación la atormentaran. Se detuvo frente a un tocador que tenía unas

elegantes bagatelas esparcidas por encima y, apartándolas sin cuidado con una mano, seleccionó tres llaves y se acercó a mí.

—Estas son la llave del invernadero, que ahora mismo es su único lugar de ejercicio; la de la biblioteca, donde solía disfrutar; y la de los armarios donde está su ropa. Cuando se encuentra peor destroza y daña las cosas, pero ahora puede moverse libremente. El invernadero es sagrado para ella; puede usted seleccionar los libros como mejor considere; los adornos y vestidos con los que ella juega parece que le encantan por sus vínculos con el pasado. El piano acaba de ser afinado, y es su mayor consuelo, cuando está lo suficiente bien para tocarlo.

Puso las llaves en mi mano y me condujo escaleras arriba y a través de habitaciones cuya amplia elegancia cautivaron mis ojos y ofrecieron promesas de lujosos aposentos a la pobre acompañante que era yo cuando dejé mi sucio rincón en una casa de huéspedes barata. La señora Carruth abrió una puerta que conducía a un ala remota y me mostró un apartamento que parecía un perfecto nido de comodidad, y me dijo que era mío. Continuando a través de una galería y una antesala, donde dos mujeres de edad mediana y con aspecto de encargadas estaban sentadas trabajando, ella se detuvo en el umbral de una puerta que no se atrevía a cruzar y, con una mirada que nunca olvidaré, dijo con solemnidad:

—Señorita Snow, en esta casa verá usted muchas cosas que le oprimirán el corazón y requerirán su paciencia y compasión; no necesito insistirle en que guarde silencio respecto a las obligaciones que le encomendamos, ni ofrecerle soborno alguno por su lealtad; dejemos que el ruego de una triste madre se gane su tierna compañía para una hija muy desdichada.

—Puede usted confiar en mí, señora, esas aflicciones son sagradas para mí.

No dije más, pero ella quedó satisfecha y, con un temblor en la voz, una mirada de anhelo en su orgulloso rostro, señaló la puerta y susurró:

—No puedo ir más lejos. Trátela como si no pasara nada y sígale la corriente en sus inofensivos caprichos. Si está tranquila, entreténgase hasta que ella hable, y si la confunde o alarma algo, toque el timbre: estas mujeres están aquí para responder a él. Vaya usted, querida, pero déjeme verla antes de que se marche.

Con una pequeña palpitación en el corazón, no de miedo, sino de expectación, entré y miré a mi alrededor. A primera vista, la habitación parecía un *boudoir* amueblado de manera exquisita y muy atractivo para la hija de un hombre rico, pero una segunda ojeada revelaba muchas huellas de las frenéticas escenas que se habían producido allí. Las ventanas tenían ricos cortinajes, pero los

barrotes de hierro proyectaban su sombra sobre el suelo iluminado por el sol. Un gran espejo estaba desfigurado por varias fisuras, feas manchas habían echado a perder la alfombra con flores, había juguetes rotos desperdigados y sobre los muebles de palisandro y mármol se veían las marcas de manos temerarias. Todas las puertas estaban cerradas con llave, salvo la que yo había usado para entrar, la chimenea estaba protegida por una pantalla metálica y varios armarios estaban cerrados. Tan solo el piano estaba abierto, y a su alrededor había por el suelo partituras rotas. Sobre un sofá, en la esquina más oscura, estaba lo más patético de aquella hermosa y, sin embargo, triste habitación: una chica alta y perfectamente desarrollada, al igual que su atractiva madre; no costaba imaginar que aquella visión fuera una angustia diaria para la madre. Muy pálida, pero no agotada por un año de sufrimiento, aquel atractivo físico de ella solo hacía que la enfermedad mental resultara más triste y llamativa. Sobre los fuertes brazos blancos, cruzados por debajo de la cabeza, aparecían oscuros moretones —sin duda infligidos por sí misma— y le colgaba una gran cantidad de cabello rizado y rojizo, enmarañado y descuidado; tenía los labios cerrados y unos párpados caídos por el cansancio escondían a medias los ojos más extraños que jamás he visto. De un color avellana claro, parecían casi de un amarillo leonado,

como los ojos de un tigre; tenían una expresión infinitamente salvaje y triste, pero un ligero ruido de mi vestido al avanzar los alteró; al instante los ojos se abrieron por completo, oscureciéndose y dilatándose hasta volverse oscuros y fieros, mientras los fijaba sobre mí con una mirada que me hizo estremecer por un instante, pero no habló ni se movió así que, recordando las últimas palabras de su madre, simplemente me incliné y le dije tranquilamente:

—Buenos días, señorita Carruth. He venido a sentarme un rato con usted. No la molestaré si se disponía a dormir —pasé junto a ella, me senté al lado de la ventana y empecé a hojear varios libros que había tirados cerca.

Siguió un largo silencio, durante el cual pasé con calma las páginas como si estuviera absorta en la historia, si bien no leí ni una sola palabra, pues la consciencia de que aquellos ojos salvajes me observaban me afectaba singularmente.

Inmediatamente, como si estuviera satisfecha con el escrutinio de mi rostro, y ansiosa por oír mi voz de nuevo, dijo, con el intenso y monocorde tono propio de los dementes:

—¿Cuál es el nombre de mi nueva cuidadora?

—El nombre de su nueva acompañante y amiga, si usted le permite que lo sea, es Kate Snow.

Al ver que deseaba hablar, dejé el libro en el suelo y me giré hacia ella, como si estuviese lista

para que me preguntara. Ella estaba echada, apoyada sobre su codo, y seguía mirándome, pero la feroz mirada se había trocado en una mezcla de duda y curiosidad. Con la libertad de alguien para quien las formas y las ceremonias han dejado de existir, miró y habló sin importarle la cortesía o el propio control.

—¿Por qué ha venido? ¿No tenía otra cosa que hacer que encerrarse en una prisión con una criatura tan miserable como yo?

—Podría haber hecho muchas otras cosas, pero preferí esta, ya que me gusta cuidar a los enfermos, porque resulta que tengo el poder de reconfortarlos, y eso es algo muy agradable, como puede usted suponer.

—Ojalá pudiera hacer eso por mí; pero yo soy un caso perdido... Un caso perdido.

De repente se levantó y empezó a caminar de un lado a otro con paso rápido, como si quisiera escapar de alguna idea desesperada. Fue de aquí para allá, como una criatura salvaje en su celda; seguía mirándome de manera furtiva y en más de una ocasión hizo una pausa antes de girarse bruscamente y alejarse para empezar de nuevo a caminar de una pared a otra sin descanso. Cogí un pequeño bordado que había en un cesto volcado, con la esperanza de tranquilizarla y dirigir su atención hacia mí, y empecé a examinarlo. Elinor se detuvo al instante,

me miró un momento, luego se acercó y dijo con cierto aire arrogante:

—No toque eso, está hecho una maraña y usted lo estropeará más.

—Ya veo, pero creo que puedo desenredarlo y luego usted puede acabarlo, ya que es demasiado bonito para que se eche a perder. Puede que luego le guste trabajar en él, y yo le leeré algo en voz alta. Deseo que podamos pasar juntas ratos agradables, señorita Carruth.

Le hablé en un tono alegre, exactamente igual que si me estuviera dirigiendo a una persona sana, pues la experiencia me había enseñado que la manera más segura de tranquilizar a los maniacos era aparentar no ser consciente de su locura y dar por hecho que se comportan con propiedad. Les ayudaba a aumentar su propio control y, normalmente, ganaban en obediencia, al apelar a una de las motivaciones más fuertes que poseemos: el deseo de la buena opinión de los demás. Elinor pareció sorprenderse al principio, luego preocupada, y dijo apresuradamente:

—Sabe usted lo que me pasa, ¿no? ¿No le han dicho la horrible vida que llevo desde hace un año? Me trata usted como si fuera una enferma común.

—Sé todo lo del pasado, pero eso ya pasó, para nunca volver, espero. Olvídelo y hagamos feliz el presente, si podemos.

—¡Olvidarlo! ¿Cómo? Cuando sé que este horror volverá una y otra vez a perseguirme hasta que me muera... ¿Cómo puedo ser feliz con lo que me depara el futuro y los recordatorios de mi miseria constantemente ante mí?

Eché una mirada desesperada a la habitación y extendió sus heridos brazos con un gesto patético que me llegó al corazón e hizo que me temblara la voz cuando cogí sus manos entre las mías y le dije con ternura:

—Todo es posible con la ayuda de Dios; tenga esperanza y espere; espere y Él la ayudará a su debido tiempo. Mientras tanto deje que yo haga cuanto pueda por usted, y por hacer que su vida sea más feliz.

Creo que mi rostro y mis gestos le llegaron más que mis palabras, pues la compasión humana encuentra mejores intérpretes que las palabras. Ella lo sintió así, cedió y, cayendo sobre sus rodillas, se aferró a mí con la fuerza de un alma desesperada que por fin ha encontrado un apoyo, gritando apasionadamente:

—Sí, ayúdeme, ámeme, sálveme si puede; ninguna afligida criatura en el mundo la necesita tanto como yo a usted.

La abracé rápidamente y dejé que mis lágrimas corrieran libremente, con la esperanza de que ella también llorase y le bajase el frenesí. No lo hizo,

pero mis lágrimas consolaron su pobre corazón, pues le confirmaron mi sinceridad y la calmaron con el bálsamo de la compasión. Enseguida levantó la mirada, sin lágrimas, pero más calmada y con una expresión dulce; bajó mi rostro y me besó.

—Es usted muy amable, gracias. Intentaré demostrarle mi gratitud siendo tranquila y obediente. No llore usted por mí, querida; yo no puedo, y me da pena verla hacerlo. Ojalá pudiera creer que hay alguna esperanza. ¿Cree usted realmente que con el tiempo podré ponerme bien?

Ahora hablaba y miraba como una niña pequeña, y me observaba con tristeza, todavía de rodillas junto a mí, con mi brazo alrededor de ella.

—Así es. Es joven y tiene un cuerpo sano para ayudarla. Una gran parte depende de sí misma, y si trata de mantener su mente tranquila y feliz, creo que podrá ponerse bien, pues he visto casos peores que se han curado por completo.

Ella negó con la cabeza y murmuró en voz alta, como para sí misma, mientras la antigua tristeza volvía a caer sobre su rostro.

—¿Qué puede ser peor que lo mío, si puede saberse...? Los pecados de los padres recaerán sobre los hijos, y ellos deben pagar el castigo.

Las palabras de la hija recordaban el triste semblante de la madre y me confirmaron que aquel lujoso hogar estaba ensombrecido por alguna tragedia

familiar oculta al mundo. Aquello solo me hizo sentir más lástima por la pobre chica, y estaba tratando de pensar en alguna ocupación divertida para ella cuando una de las mujeres entró con una bandeja en la mano.

—La señorita debe comer algo ahora, ya que no se tomó el desayuno. Tal vez usted pueda persuadirla de ello. El doctor dice que hoy puede tomar vino, y la sopa está buenísima.

Las formas de la mujer eran muy respetuosas, pero su tono era duro, su mirada fría y, según hablaba, probó la sopa e hizo un sonido con los labios que habría acabado por quitarle el apetito a un enfermo delicado. Cuando estaba volviendo a colocar la cuchara en el cuenco, la detuve y le dije amablemente:

—Una limpia, por favor. La señorita Carruth prefiere no usar esta ahora.

—Vaya por Dios, qué exigente —dijo y, encogiéndose de hombros, Hannah fue a buscar otra cuchara.

Fue una nimiedad, pero tuvo su efecto, ya que Elinor, que se había vuelto a echar sobre el sofá de mal humor y observaba a la mujer con el ceño fruncido, se giró hacia mí con una sonrisa y dijo de un modo lastimero:

—¡Oh!, me trata usted como a una dama, a pesar de que soy una pobre criatura medio loca, y ellas creen que da igual lo que digan o hagan, pero

yo sí noto la diferencia, y me tomaré la cena para complacerla a usted, señorita Snow.

Como si estuviera deseosa por demostrar que no había olvidado las maneras de una dama, se levantó mientras hablaba y comenzó a recogerse el pelo y a alisarse el chal blanco en el que estaba envuelta, preparándose apresuradamente para esa solitaria cena, como solía hacer en las fiestas religiosas antes de que comenzara su triste calvario. Impaciente por animarla, dispuse la sopa y el vino sobre la mesa ovalada, acerqué un sillón a ella y abrí la puerta del invernadero para alcanzar un ramillete de flores con el que llenar un florero vacío que tenía frente a ella. Hannah se quedó mirando todo aquello cuando regresó, pero no hizo ningún comentario. Tan solo preguntó secamente:

—¿Tomará usted el almuerzo en la habitación de al lado mientras yo echo un ojo aquí, señorita Snow?

—Lo tomaré con la señorita Elinor, si ella me lo permite; creo que si sus comidas fueran más sociales disfrutaría de ellas y tendría mejor apetito.

—Gracias; será muy agradable. Es muy deprimente comer sola día tras día y no ver nunca a nadie salvo a estas mujeres y al doctor. Es usted una buena enfermera, Kate.

Parecía bastante cuerda y tranquila mientras esperaba de pie a que trajeran mi bandeja. Era con-

movedor ver lo mucho que se esforzaba por tratar de controlar sus divagaciones y cómo hacía los honores de la mesa.

Yo tenía mucha hambre, de modo que comí con entusiasmo mientras hablaba sobre varios temas alegres; mi buen apetito pareció aumentar el suyo, y la compañía le dio un cierto placer a la comida que hasta entonces le había resultado algo muy desagradable. Apenas dijo nada, pero sonrió varias veces, y se rio en una ocasión con una amable broma mía. Aquel sonido no parecía habitual, pues hizo que Hannah se acercara a la puerta con aspecto sorprendido y nervioso. Elinor frunció el ceño y le gritó bruscamente:

—Márchate..., y déjanos en paz. La señorita Snow puede cuidar de mí mejor que una docena como tú y Jane.

La mujer asintió con la cabeza y se marchó. Elinor trató de ocultar su nerviosismo con un aire de tranquilidad, y yo seguí charlando muy contenta por mi éxito, hasta que una palabra desafortunada deshizo todo el trabajo hecho. Cuando dejó de comer, eché mi silla hacia atrás y le dije rápidamente, ya tuteándola:

—Vayamos a dar un paseo por el invernadero, el ejercicio te vendrá bien y tu madre dice que te gusta estar allí.

Según las palabras salían de mi boca, Elinor se levantó de un salto con una violencia que volcó la mesa, y yo me puse de pie.

—¡Mi madre! —repitió con fiereza—. ¿Cómo se atreve a hablar de ella cuando lo he prohibido? No puedo oír el sonido de su nombre, pues ella es la causa de todo mi sufrimiento. ¡Oh! ¿Por qué lo ha hecho?... ¿Por qué lo ha hecho? —y, dejándose caer en la silla, se cubrió la cara con un gesto más patético que las lágrimas.

Conmocionada por el efecto de mi momentánea negligencia, no me atreví a hablar. Recogí tranquilamente los cristales y la vajilla rota, me los llevé y volví a colocar la mesa. Puse encima unos libros y empecé a ojearlos con la esperanza de borrar el recuerdo de mi error con alguna tarea agradable en caso de que ella levantara la vista. Pero ella no se movió y, al mirar a mi alrededor en busca de algún medio seguro para estimularla, mi mirada fue a caer sobre el piano. Había un fragmento de la *Sonata patética*, de Beethoven, sobre el atril; me la sabía entera, así que me senté y empecé a tocarla bajito, observando con frecuencia la figura inmóvil de la butaca. Fue lo más inteligente que podía haber hecho, ya que unas lágrimas le empezaron a brotar, al principio compulsivamente, pero enseguida el llanto se fue calmando, aliviando a la agotada mente y refrescando su triste corazón como ningún otro consuelo en forma de palabras habría hecho.

Contenta de haber provocado este cambio favorable, seguí tocando hasta que sus lágrimas se

secaron y pareció quedarse dormida con la cabeza apoyada sobre el brazo almohadado de la butaca. Entonces me detuve, pero, en cuanto me moví, sus ojos se abrieron; no como antes, sino con una mirada tranquila que mostraban el bien que le había hecho llorar.

—Pensé que estabas dormida; ¿continúo? —le dije, sin hacer caso a mi anterior descuido y al estallido que lo había seguido.

—No, rara vez duermo; ojalá pudiera. ¿Puedo entrar ahí?, parece tan fresco y tranquilo... —señaló el invernadero y, ofreciéndole mi brazo, la conduje dentro.

Era un lugar solitario, sombreado y tranquilo, con el suave brillo del sol sobre las verdes hojas, el aroma delicado de las flores y el sosegado murmullo de una pequeña fuente en medio de la cual una sirena de mármol estaba echada durmiendo.

Cuando Elinor se detuvo, me senté en el césped que rodeaba el pilón y, atrayéndola junto a mí, puse su cabeza sobre mi regazo mientras le humedecía la frente caliente y le cantaba una evocadora melodía que ya había calmado a más de un espíritu agitado.

Al principio miraba como si estuviese contenta de volver a ver su lugar favorito, pero su mirada siempre regresaba a mí con una silenciosa confianza que me conmovía muchísimo.

Al fin, levantó la mano, golpeó mi mejilla suavemente y dijo cariñosamente y con humildad:

—Es un rostro tan amable y alegre que no puedo apartar mi mirada de él. ¿Le molesta mi falta de cortesía?

—¡Oh, no!, pero desearía que durmieras. ¿Me dejas que lo intente?

—Si puede; deseo olvidar, pero cuando lo intento mis pensamientos me atormentan y no consigo descansar. Un largo y profundo sueño haría más por mí que toda la morfina del mundo.

Sin decir palabra, puse mis manos sobre su frente, la miré a los ojos y me dispuse a la tarea de hacer que durmiera. Antes de lo que pensaba, sus párpados cayeron, las rápidas pulsaciones de sus sienas cesaron, la respiración salía suavemente a través de sus labios y, con un suspiro de maravillosa satisfacción, se dejó llevar hasta un tranquilo sueño. Había intentado antes mis poderes, pero nunca con un éxito tan completo, y, mientras la observaba, con aquella profunda paz que iluminaba su rostro, le di gracias a Dios por el don que poseía. Sentada así, la suave caída de una flor me despertó de mi ensueño y, al levantar la vista para ver desde dónde había caído, vi a la señora Carruth inclinada sobre una pequeña ventana, en lo alto del muro que separaba el invernadero de la casa. Con una mirada interrogadora señaló a su hija, y yo le susurré:

—Sí, está dormida.

—¡Gracias a Dios! Es la primera vez que descansa de manera natural desde hace días. ¿Cómo ha obrado usted el milagro, señorita Snow?

—La hipnoticé, y seguirá durmiendo durante horas a menos que yo la despierte. Tal vez debería haber pedido permiso antes de hacerlo, pero usted no estaba aquí y sabía que no le haría daño —le dije llena de confianza.

—Tenía usted mucha razón. Cualquier cosa con tal de tranquilizarla. Intentamos esto antes, pero no funcionó. ¿Pueden venir sus hermanos a verla? Yo no me atrevo.

—Sí, cualquiera puede venir... No se despertará.

—Dele un beso por mí, y siga igual a como ha empezado.

La voz de la señora Carruth temblaba, y ella se retiró rápidamente como si quisiera esconder un dolor para el que no había cura. Al cabo de un rato, unos pasos sigilosos hicieron que me girara y viera a un joven, vestido de sacerdote católico, que se acercaba hacia mí con los ojos clavados en la durmiente. Como si no hubiera reparado en mi presencia, se quedó de pie mirándola, mientras sus labios se movían sin hacer ruido y sus manos parecían seguir un rosario, como si estuviese rezando por su pobre alma. La apresurada entrada de otro hombre más

joven interrumpió sus oraciones y, con una mirada, una grave reverencia y un saludo apenas audible, hizo ademán de retirarse. El recién llegado se parecía tan poco a su hermano en apariencia como en las formas, y, cuando estuvieron de pie juntos un instante, los observé con atención disimulada. El mayor tenía un rostro pálido y ascético, con ojos melancólicos, la boca rígida y expresión absorta de quien ha llevado una vida introspectiva. Su aire frío y tímido, su vestimenta sencilla y la devota expresión recordaban los viejos cuadros de monjes y santos, y cuando oí su nombre me chocó por su idoneidad. La cara del más joven era mucho más atractiva pues, a pesar de las marcas de una mente disipada e inquieta, era guapo e irradiaba fuerza. Los ojos eran sinceros, mostraban una naturaleza ardiente, orgullosa y obstinada pero, aun así, encantadora, a pesar de todos los defectos. Sus modales eran impetuosos como los de un chiquillo, pues con un rápido gesto de la cabeza se arrodilló junto a su hermana y, tomando la mano de la muchacha en la suya, la besó con ternura mientras su pecho subía y bajaba con una emoción ante la que no cedía.

—Mírala, Augustine, tan hermosa, tan tranquila. Qué consuelo verla de nuevo siendo ella misma —susurró mientras la miraba.

—Sí, y, aunque sea pecado, desearía que no volviera a despertarse —contestó el otro en tono lúgubre.

—No digas eso, mientras haya vida, hay esperanza, incluso para la pobre Nell. ¿La ha encontrado usted muy enferma, señorita? —preguntó Harry levantando la vista y mirándome de manera implorante.

—No; está mejor de como esperaba encontrármela, y con cuidados espero que pronto pueda volver a ser ella misma.

—Eso es estupendo; gracias. Debe de estar usted muy cansada; ¿no podemos llevarla al sofá? Si ella duerme demasiado, se desmayará usted de cansancio —dijo en tono amistoso, como si estuviese ansioso por mostrarme su gratitud y ayudarme.

—Será mejor que la movamos; hay humedad aquí. Levántela con cuidado y yo lo seguiré.

Augustine avanzó, y ambos llevaron a la chica dormida a la habitación y la acostaron. Ella soltó un suspiro cuando su cabeza tocó la almohada y su brazo se colgó del cuello de Harry como si hasta en sueños pudiera sentir su cercanía. Él puso su mejilla junto a la de ella por un instante, le echó el pelo hacia atrás y permaneció junto a ella con un cariño hermoso de contemplar. Augustine puso su mano sobre ella como si la bendijese en silencio, me dirigió otra grave reverencia, tomó mi mano y me susurró medio tembloroso con su impetuosa voz:

—Sea amable con esta pobre chica, señorita, y, a cambio, pídamme cualquier cosa.

No esperó a escuchar mi respuesta y salió de prisa de la habitación. Pocos minutos más tarde Hannah me trajo una pequeña nota de la señora Carruth.

Mi hijo me ha dicho que Elinor duerme placidamente, y no se despertará en horas; que usted parece muy cansada y que necesita descansar. Baje y deje que Hannah se quede con ella; ya ha hecho usted suficiente por hoy; déjeme darle las gracias y mandarla a casa para que pueda pasar una noche tranquila antes de empezar mañana con su buena labor.

E. C.

Salí y, tras una larga entrevista con la señora Carruth, en la que le conté lo que había sucedido arriba y recibir algunos consejos sobre lo que me esperaba, Harry me condujo hasta el carruaje y me marché más interesada que nunca en mi paciente.